

E  
RA  
Sec  
G

843.  
9.  
PQ 223.1  
44  
527



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA VIDA  
A LOS VEINTE AÑOS

PARTE PRIMERA

DONDE SE VERÁ EL RIESGO QUE TRAE CONSIGO EL DIS-  
FRAZARSE DE TURCO, Á CAUSA DE LA CONFIANZA QUE  
INSPIRA ESTE TRAJE.

I

En lluviosa noche del mes de febrero de 1846,  
tomé una determinación importantísima: concurrir al  
baile de la Ópera.

Resultado de esta determinación súbita y capri-  
chosa, á media noche me fui á casa y me vestí, sin  
imaginar que, cual Murat, me engalanaba para la  
muerte.

Parecerá que no, pero el baile de la Ópera, es por  
demás lúgubre; parecerá que no también, pero es  
imposible reunir, en una de las salas más grandiosas  
del mundo, mayor número de individuos á quienes  
devora el tedio. Sin embargo, y para que se vea lo  
que son las cosas, por una atracción que no me

explico y he experimentado con frecuencia, aquella noche me iba allá á probar fortuna y á mezclarme con aquella reunión de locos tristes que una noche por semana hacen velar á la mitad de esta metrópoli que se intitula á sí misma la más inteligente del mundo civilizado.

Me hacía yo estas cuerdas reflexiones mientras me iba vistiendo, no atreviéndome, empero, á mirar, ni con el rabillo del ojo, mi cama, que me estaba sonriendo con su semidoblado cobertor y parecía como que me dijese: «Aquí puedes dormir y soñar»; ni el libro empezado, que desde lo íntimo de sus páginas me gritaba: «Aquí disfrutarás de la calma y del estudio»; y en tanto oía el pasar de los ruidosos coches que hacían resonar alegremente el empedrado, y las voces y las canciones de los que, menos estragados por las diversiones de la semana, toman por una fiesta este holgorio semanal, me decía entre mí, en respuesta á las astutas invitaciones de mi cama y de mi libro: «Obremos como los demás; si ellos son los sabios, estudiemos su sabiduría; si los locos, compartamos su locura.»

Y, después de todo, ¿en qué puede emplearse el tiempo desde la noche del sábado á la mañana del domingo?

Si por acaso no vamos al baile de la Ópera, acontece que nos despertamos temprano, y nos salimos de casa antes de lo acostumbrado; además, si el baile de la Ópera es fastidioso, el domingo es insípido. En el sitio adonde vamos á almorzar, en lugar de los rostros amigos de la vispera, nos encontramos con individuos que, en semejantes días, se dan un *gaudeamus* con lo que constituye nuestra cotidiana existencia, y se pasean á lo bobo por las calles, ó se sientan torpemente á nuestro lado, desde las diez de la mañana, ostentando el rostro admirado de siempre y el solemne traje que no sacan á relucir sino en los domingos.

Estos honrados desconocidos, casi todos ellos ex-

celentes padres de familia, sobre tener la fisonomía franca, se ríen de modo estrepitoso, y es que, habiendo dado de sí la semana, tienen derecho á pasar alegremente el domingo.

Pues bien, si pasáis en casa la noche del sábado y os levantáis á las diez, os exponéis á cuanto acabo de deciros, y asistís, sin que os sea dable compartirlo, ni siquiera comprenderlo, á ese estrepitoso reír tan ajeno á vuestras costumbres y á vuestro carácter, y que, lejos de alegraros, os llena de tristeza.

Si almorzaseis con un amigo, colocándoos lejos de vuestros compañeros forzosos, todavía conseguiríais no oírles y formaros un aparte más agradable y menos ruidoso; pero siempre os encontraríais solos.

Os habéis salido de casa con el firme intento de ir á buscar á uno de vuestros amigos para almorzar con él; pero todas las puertas á que habéis llamado han permanecido cerradas, porque todos vuestros amigos, menos virtuosos que vosotros, la vispera han ido al baile de la Ópera y no se han recogido todavía, ó lo han hecho tarde y todavía están durmiendo; y estáis demasiado bien educados para incomodar á un hombre que come, ó despertar á un hombre que duerme.

No os queda, pues, pobre alma abandonada, sino vagar solo por el bulevar y aguardar la hora de la comida para hallar uno de los amigos sin los cuales no podéis vivir, uno de tantos cuya amistad constituye para vosotros el aire benéfico de la capital y el amor eterno de la patria.

Llega la hora anhelada, y el primero á quien divisáis viene frotándose todavía los ojos y, al parecer, muy triste de haberse despertado tan temprano en domingo; corréis á él, le magnetizáis, como el gavilán magnetiza al pájaro; luego os precipitáis sobre vuestra presa, y no hay fuerza humana capaz de hacerlos soltar el brazo de que os habéis asido.

Ahí textualmente el diálogo que se entabla entre vos y vuestro amigo:

—Buenos días, querido.

El otro, fatigado como está y, de consiguiente, pe-  
rezoso, sólo os contesta:

—Buenos.

—¿Acaba V. de levantarse?

—Ahora mismo.

—¿Dónde ha pasado V. la noche?

—En la Ópera. ¿Y V.?

—Yo no.

—Es verdad, no le he visto á V.

—¿Había mucha gente?

—Estaba lleno de bote en bote.

—¿Se ha divertido V.?

Vuestro amigo, que ahora sabe que os habéis que-  
dado en casa, y que, como es natural, no habéis podido  
ser testigo de su consuetudinario aburrimiento, por  
fatuidad y para colocarse en la posición excepcional  
del hombre que se divierte, aun en la Ópera, os res-  
ponde:

—¡Mucho!

Entonces os enfurecéis por haber cedido á las ten-  
taciones de vuestro hogar, de vuestro dormitorio y de  
vuestra cama; no hacéis sino doleros y arrepentiros  
de no haber ido al baile aquel, donde, al igual que  
vuestro amigo, os hubierais divertido, y hacéis formal  
propósito de no perder uno, de allí en adelante.

En efecto, el sábado siguiente concurrís á la Ópera,  
y, como de costumbre, os volvéis á casa jurando no  
volver á poner los pies en ella.

De las expuestas reflexiones se deduce la necesidad  
de ir á dicho baile; cierto es que os cabe la casi certe-  
za de aburriros en él; pero, á lo menos, os aburriréis  
en compañía de seis mil personas, mientras, si no  
vais, estáis seguros de que, como consecuencia de las  
juiciosas reflexiones expuestas más arriba, vais á fas-  
tidiaros el domingo y, para postres, completamente  
solo. ¡Fastidiarse solo! Esto es lo que debemos evitar  
á todo trance, y esta verdad es tan incontestable, que

Luis XIII, que se aburría como rey que tiene un gran  
ministro, asía del brazo á un gentilhomme de su cá-  
mara, y, llevándolo al alféizar de una ventana, le decía:

—Venid á aburriros conmigo.

Aquella noche, pues, tomé una resolución firme;  
me vestí, me salí á la calle, envidiado de mi portero,  
que mira el baile de la Ópera como el summum de  
la dicha terrestre; me subí, tiritando, á un coche; lle-  
gué á la calle de Lepelleter, y, cual otro Curcio, me  
precipité en la sima, que al punto se cerró encima de  
mi cabeza.

Poco más ó menos, hacía una hora que me estaba  
yo paseando, ora por el salón de descanso, ora por los  
pasillos, buscando, entre los que me rodeaban, el ros-  
tro de un amigo, cuando percibí, arrimado á la puerta  
de un palco, un mozo vivaracho á quien no había  
visto desde que seis meses antes partiera para Italia.

El encuentro era, pues, más que agradable, inesper-  
ado.

Dispúsemme á encaminarme á su encuentro, cuando  
noté que estaba hablando con un dominó, el cual, al  
verme venir, hizo ademán de marcharse. Así, pues,  
por discreción me batí en retirada.

Mi amigo se fijó entonces en mí, y me hizo seña de  
que me aguardase.

Así lo hice, todo ufano de haber hallado con quien  
hablar y sintiendo menosprecio hacia los desdichados  
que, solitarios en medio de aquella muchedumbre,  
miraban á todos los dominós, esforzándose en cono-  
cer ó ser conocidos, y haciendo, en una palabra,  
cuanto estaba en su mano para interesar el ánimo en  
aquella baraúnda.

Poco después el dominó misterioso tendió la mano  
á Manuel, que así llamaré á mi amigo; luego se in-  
clinó hasta el oído de éste y desapareció riendo.

Manuel le siguió con la mirada, mientras se venía  
hacia mí murmurando:

- ¿Qué problema la mujer!
- Y bien, le dije tendiéndole las manos; ¿de dónde diablos vienes?
- De ninguna parte, me respondió.
- ¿Desde cuándo te encuentras en París?
- Desde hace tres meses.
- Entonces no te pregunto de dónde vienes, sino qué es de ti.
- Estoy enamorado.
- Di loco.
- Tú ya sabes, añadió Manuel sonriendo, que la mujer á quien queremos es como las tierras lejanas: nos aísla de los amigos y de las costumbres...
- Verdad es lo que acabas de decir; pero, si no soy indiscreto, ¿puedo saber si el hechicero dominó con quien ahora estabas hablando es la tierra remota que nos separa?
- No.
- ¿Me es dado hacer una suposición?
- Di.
- Que en el modo como estabas platicando con él, se me antoja que si no es país conquistado vas en pos de su conquista.
- Es país conquistado.
- ¿Desde hace mucho?
- Unos dos meses.
- Aquí me enredo.
- ¿Por qué?
- ¿No estás enamorado desde hace tres meses?
- Sí.
- ¿De la misma mujer?
- De la misma.
- ¿Y la que dices no es la con quien estabas hablando hace un instante?
- No.
- Entonces no estás tan enamorado como quieres suponer.
- ¿Por qué?

- Porque si realmente lo estuvieras, no habrías abandonado al cabo de un mes, siquiera por un minuto, la tierra de que hace poco hacías mérito para internarte en otra.
- No he sido yo quien he ido á ella.
- Luego ha sido ella quien ha venido á ti.
- Esto es.
- ¡Fatuó!
- Te lo juro.
- Aguijas mi curiosidad.
- ¡Dichoso tú que la sientes!
- Para esto he venido.
- ¡Qué candor!
- ¿No la has sentido tú acaso alguna vez?
- ¡Que si la he sentido!
- ¿Con frecuencia?
- Dos veces.
- ¿Formal?
- ¡Yo lo creo!
- Pues aquí donde me ves, todavía no he hallado en el baile de la Ópera sino mujeres que me asían del brazo, me llamaban por mi apellido, suponían haberme encontrado en el bulevar ó en el teatro, y ahí daban fin á su repertorio.
- Conmigo las cosas han pasado de muy distinto modo.
- Ya escucho.
- Es menester que te cuente mis aventuras.
- ¿Te llama á otra parte algo más importante?
- No.
- Entonces puedes empezar.
- Ya sabes tú que el baile de la Opera constituye el sueño dorado de los colegiales.
- Para concurrirlos vendía yo mis diccionarios.
- ¿Y te divertías en ellos?
- ¡Vaya una pregunta! Cada vez que se me acercaba una mujer, me daban temblores, temeroso de que me dirigiese la palabra.

—Entonces ¿qué venías á hacer en ellos?

—Venía para decir al día siguiente á mis compañeros que había estado en él y para darme humos de calavera rematado.

—Pues bien, querido, admírame: yo venía creído de que iba á divertirme.

—Esto ya pica más alto.

—Pero vas á ver cuán pronto se me quitó el gusto. Un sábado por la noche logro escapar; corro á casa de Babin, y alquilo un traje.

—¿De qué?

—De turco; pero de verdadero turco: un turbante encarnado con su media luna, túnica azul corta en demasía con un sol amarillo en la espalda, anchos calzones de indiana, chaleco parecido al de Odry, en el *Saltimbanco* y botas de doble suela; barba de crines, nariz postiza, nada faltaba; demás, veinte francos anudados en el pañuelo.

—Debias de estar vistoso.

—¡Magnífico!

—Llego, y, contra mi presunción, no me divierto. Me hallaba solo en medio de gente á quien no conocía, de mujeres que me hacían subir los colores al rostro; y ocupado me estaba pensando que tal escapatoria no iba á tener otro resultado que una reclusión de tres meses, cuando un descargador de leña, con voz sumamente meliflua apenas velada por un antifaz con volante de terciopelo negro, me preguntó por qué, al parecer, me estaba yo aburriendo en medio de la alegría de todos.

Examino á mi interpeladora, y al ver que tiene el pie chico, las manos suaves y negro el cabello, acepto el brazo con que me brinda, y la invito á danzar.

—¿Y aquí bailas tú?

—Es mi única disculpa.

—Prosigue.

—Ella acepta, y henos brincando á más y mejor. Mi educación coreográfica había sido bastante des-

cuidada; pero suplía mi falta de conocimientos haciendo cabriolas y contorsiones que eran respecto á Terpsicore lo que Cuasimodo con relación á Antinoo. Habíanme dicho que los hombres más formales hacían lo mismo; pero, á mi ver, todos aquellos entes embriagados que levantaban los pies á más altura que la cabeza y se atizaban puñetazos por Montmorencys ó Rohanez, no eran sino mancebos barberos, amantes al tanto cuanto de la primera perdida con quien topaban. Pero lo que más me envejecía era el imaginar que yo tenía una mujer, según así se decía entonces.

—Y todavía continúa diciéndose.

—Yo, en mi fantasía, supuse que aquella mujer era la más hermosa del mundo; que aquel antifaz cubría un rostro capaz de hacer palidecer al de la Virgen de la Silla, y aquel traje, formas capaces de hacer olvidar las de la Venus de Milo. Bailé durante toda la noche. Pero no paraba aquí mi desseo; quería sacarle el jugo á la manzana que se me había caído en las manos. Picándomelas de Richelieu, puse en obtener las señas de la casa de mi desconocida un empeño tal, que nunca pudiese haberse adivinado en mí, un alumno de retórica; así es que la máscara me dijo, arrancándome con ello una exclamación de alegría:

—Confío en V.; ¿cómo se llama?

—Fulano de tal, respondí.

—¿Es V. pariente del diputado del mismo apellido?

—Lo soy.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Palabra de caballero?

—Palabra de caballero.

La incógnita parecía maravillada de haber trabado conocimiento con un hombre tan distinguido. Imagínate tú si yo me engallaba, si me hombreaba, como se decía entonces.

—Y se dice todavía.

—No le creo á V., me dijo de improviso mi compañera.

—Se lo juro.

—Pruébeme V. que realmente es la persona que dice.

—¿Cómo quiere V. que se lo pruebe?

—Déme V. su tarjeta.

—No traigo una siquiera. — Ya supones que en el colegio no me mandaba hacer tarjetas de visita.

—Pues bien, repuso mi desconocida rasgando una hoja en blanco de una cartera y tendiéndome un lápiz; escriba V. ahí que se compromete, bajo palabra, á hacer cuanto esté en sus fuerzas para prestarme el favor que le pediré mañana.

El misterio añadía nuevos atractivos al encuentro.

Yo, que era joven, tomé el lápiz y el papel; escribí lo que ella me pedía y luego la pregunté:

—¿Dónde la veré á V. mañana?

—En el pasaje de la Opera, me respondió.

—¿Y por qué no en su casa de V.? la dije con el tono de voz más cariñoso que pude hallar.

—¿Se mostrará V. digno de tal confianza?

—Se lo prometo á V.

—Pues vaya V. á la calle del Templo vieja, número 32.

Confieso que el nombre de la calle me causó cierta impresión, y que el ángel con quien soñara me hizo el efecto de haber querido fingir con exceso su divinidad; pero había yo adelantado ya demasiado camino para retroceder. Además, la casa podía muy bien ser hermosa, á pesar de la calle, y el piso agradable, á pesar de la casa, así como hechicera la mujer, á pesar de la vivienda. Tomé, pues, nota de la dirección, y, sin haber podido lograr que la desconocida me mostrase el rostro, me salí del baile.

Me fuí á casa del alquilador de trajes, tomé de nuevo posesión del mío civil, y, no pudiendo presentarme en casa de mis padres, ni volverme al colegio,

me metí en un restaurante con el desparpajo que infunde el primer lance de amor.

## II

A las dos me trasladé á la calle del Templo vieja, en un cabriolé que empleó casi una hora en el trayecto, ó sea el tiempo que el correo invierte en recorrer cuatro leguas.

En honor de la verdad debo decir que en presencia de aquella casa negra y de desilusionadora apariencia, estuve á pique de echar á correr ni más ni menos que con los soldados bisoños acontece en el campo de batalla, que antes que batirse prefieren que les fusilen.

Con todo, como durante el viaje me había complacido en contar mi lance al cochero, pues nada despierta la expansión como la alegría, ni la indiscreción como un auriga, se apoderó de mí una mal entendida vergüenza y atravesé los umbrales de aquella casa, que si en lo exterior era fea, interiormente daba asco.

No me detuve por esto; que por aquel entonces ya tenía yo el carácter resuelto, que constituye mi principal adorno.

Busqué la portería, y, si no la vi, la sentí. Era como el nido de un buho y estaba situada en un recodo de escalera el más tortuoso que verse pueda.

En la ventana apareció una cabeza, única que podía no desdecir de la habitación aquella; conque, figúrate qué tal sería.

—¿La señorita Amanda? pregunté.

—¡Quinto piso! me respondió una voz áspera adecuada á la cabeza como ésta lo estaba á la portería. Una vez arriba, tome V. por el pasillo de la derecha, luego doble á la izquierda, cuarta puerta al lado de la segunda ventana.

Rogué al portero que repitiese lo que acababa de decirme; pero el cancerbero soltó un ladrido y no repitió nada.

Procuré reunir los pormenores de aquella indicación y me subí, lo que me fué todavía más difícil que yo no sospechara.

Por un instante sustenté la idea de esconderme en la escalera el tiempo necesario para que mi cochero creyese en la realidad de la visita; pero pronto noté que si la vista, el oído, el tacto y el gusto consentían en ello, el quinto sentido, esto es, el olfato, se negaba rotundamente.

—Después de todo, me dije, bien puede cobijarse la hermosura bajo un tejado y el amor en una buhardilla.

En esto llegué al piso cuarto, y al ver que la escalera, al parecer, terminaba allí, sospeché que el portero se había divertido conmigo. Sin embargo, en cuanto mis ojos se hubieron acostumbrado poco á poco á las tinieblas, descubrí una especie de caverna, algo así como aquella por la cual Dante hizo bajar á Virgilio á los infiernos.

Al llegar á lo alto de la escalera, me quedé completamente perplejo. Las señas que me diera el portero empezaban á enredarse y confundirse en mi cabeza de resultas de la larga serie de emociones que había acompañado mi ascensión. Me encontré, no en un rellano, sino en una encrucijada, de la que partía un pasillo hacia la derecha, otro hacia la izquierda, otro enfrente y otro á mi espalda; no parecía sino la estrella de la Puerta Verde situada en el linde del bosque de San Germán; en fin, no quiero explicarte el resto de mis dolores para no hacerte llorar; me

concretaré á decirte que, en contando las ventanas y los pasillos, llegué á la puerta de mi misteriosa amada.

Con el corazón en la garganta, llamé, mientras para mis adentros me decía que, si hay una justicia en el cielo, iba yo á disfrutar de mi parte, y aun que me cabía el derecho á semejante recompensa, ya que me encontraba donde me encontraba, esto es, á la mitad del camino de aquél.

Como te decía, llamé, y á mi llamamiento acudió á abrir la puerta una viejecica de pelo rubio y desdentada.

—¿Me habré equivocado? dije.

—¿Por quién pregunta V., caballero?

Sentí como si se me helara la sangre; en la voz de aquella dueña parecióme haber conocido la melitua de mi máscara.

—Por la señorita Amanda, respondí.

—Aquí vive; entre V., repuso la vieja, cerrando la puerta.

Entré dando un suspiro de satisfacción; mi introducción no había dicho: «Soy yo.»

Tendí una mirada por el aposento, buscando, con una perspicacia aguzada por mi peregrinación á los cinco pisos, una segunda puerta conductora á un segundo aposento; pero, por más que puse toda mi voluntad en los ojos, nada descubrí.

La viejecica me ofreció una silla; me senté, y ella hizo otro tanto con ademán del que aguarda que le dirijan la palabra.

Yo no sabía qué decir; hubiera dado un dedo de la mano por no haber ido allá. Con todo, me animaba ya á iniciar la conversación, cuando mis miradas tropezaron en la cama, sobre la cual estaba tirado de cualquier modo el disfraz que mi desconocida vestía en el baile.

—Habrás salido, dije entre mí, y esta vieja tiene el encargo de recibirme; por otra parte, mi desconocida es pelinegra, y ésta da muestras de haber sido rubia.

Semejante descubrimiento me dió alientos, é impulsado por la alegría que tal suposición me produjo, dije, con la voz misma que si hubiese supuesto que mi interlocutora estaba sorda como una tapia:

—¿La señorita Amanda?

—Soy yo, señor.

En el colegio había yo recibido gran número de mojicones, pero ninguno tan terrible como aquél. Si no me desmayé del todo, fué porque las siguientes palabras, pronunciadas en son de ruego, me volvieron á la realidad:

—¿Es V. caballero?

—¡Oh! nada tema V., señora, exclamé.

—Y ¿no querrá engañar á una pobre mujer?

—Me guardaré bien de ello.

—¡Ah! obre V. así, y Dios se lo pagará, repuso la vieja mirándome con ojos de ternura.

Mi posición era la más ridícula en que puede verse colocado un hombre; yo daba entre los dedos vueltas en todas direcciones á mi sombrero y no pensaba sino en el dichoso instante en que vería de nuevo la cara de mi auriga.

—Dispéñseme V., señora, dije por fin; pero ¿realmente es V. quien anoche se encontraba en el baile de la Opera?

—Sí, señor.

—¿Vistiendo un traje de descargador de leña?

—Sí, señor.

—¿La misma que me dió la dirección de esta casa?

—La misma.

—¿Y V. fué quien me hizo firmar un papel?

—Este, respondió la vieja mostrándomelo.

—¡Es singular!

—¿Qué ve V. de singular en lo que está pasando?

—Que anoche era V. pelinegra.

Amanda se levantó y me mostró una peluca negra tirada sobre la cama y en la que yo no había reparado.

Desvanecida ya mi única esperanza, me quedé como alélado.

—Me cubro los cabellos para que no me conozcan y para no comprometerme.

Nada contesté.

—¿Quedan desvanecidas todas sus dudas? me preguntó la vieja.

—Todas, señora, la respondí con voz taciturna, aunque resignada.

—¿Parece que está V. triste?

—Al contrario, reviento de dicha.

—Gracias por lo que me acaba de decir, joven, pues ello me da esperanzas de que no va V. á abandonarme.

—¿Qué está en mi mano hacer en pro de usted, señora?

—Puede V. labrar mi ventura.

Al escuchar semejantes palabras creí que me iba á proponer que me casase con ella, y me estremecí.

—¿Cómo se encuentra V. de salud, caballero? prosiguió mi interlocutora.

—Perfectamente bien, señora.

—¿Y V. cree que un hombre puede ocuparse en mí sin sonrojarse?

—Sí lo creo.

—Pues bien, señor, es preciso que V. lo haga.

—Pronto estoy.

No puedes imaginar cuánta valentía encerraban mis últimas palabras.

—Caballero, me dijo la vieja, ya habrá comprendido V. que mi conducta de ayer es muy ajena á mis costumbres y que no soy mujer de bailes de máscaras.

Con la cabeza hice una señal de asentimiento.

—Pero he sufrido tanto...

—Que, como es natural, quiso V. distraerse, dije yo interrumpiéndola.

—No, señor, padece V. una equivocación: no fui

al baile para divertirme, sino llevada por asuntos particulares.

—¡Cómo!

—Tal como V. oye.

—No me explico...

—Va V. á comprender, caballero. Usted, al venir aquí, indudablemente ha creído acudir á una de tantas citas amorosas como se dan en los bailes de máscaras.

—Lo confieso.

—Pues se ha engañado V. de medio á medio.

—Permitame V. que le dirija una pregunta, dije respirando con más desahogo; ¿por qué se disfrazó del modo que lo hizo?

—Porque era el único modo de conseguir lo que nunca había podido lograr vistiendo otro traje. Probable es que, si debajo de él hubiese V. creído hallar una mujer de mi edad en vez de una joven hermosa, ni siquiera habría aceptado el brazo que le ofrecí.

—¡Oh, señora...!

—Era menester, pues, que yo le atrajese á V., y como obra en mi poder su promesa escrita de que atropellará V. por todo para concederme lo que le pida, quiero que conozca la historia de mis desventuras.

—Perdone V., señora; pero creo que, si no la voluntad, va á faltarme el tiempo. Con su permiso, pues, me retiro: ya volveré otro día.

Como puedes comprender, estaba yo muy distante de entusiasmarme ante la expectativa de escuchar el relato de las desgracias de la vieja Amanda, quien supuse estaba loca. Demás, como me cabía la seguridad de que á lo menos me tendría tres meses escamado semejante calaverada, que, como ves, me proporcionaba tan seductivos resultados, supuse que durante este tiempo mi desconocida iba á morir de puro vieja.

En buenas manos caí por mi desventura; la mal-

dita no me soltó ni á tres tirones, y no me cupo sino escuchar, ni más ni menos que si me hubiese encontrado en la cámara en ocasión de estar perorando mi tío.

Resignéme, pues; que si la voluntad fortalece, la resignación sublima.

Por muy severo que fuese el director del colegio, es más que seguro que, de haber sabido el tormento á que me veía sujetado, no me habría impuesto otro castigo.

Antes que te refiera las desventuras de Amanda, quiero, amigo mío, que estés bien penetrado de las mías, y que te hagas cargo de la posición de un retórico que se cree haber tocado el cielo con las manos, que durante ocho horas vive de ilusiones y que por fin se ve cogido en semejante trampa.

—Caballero, me dijo Amanda, figúrese V. que yo nací en 1780.

Estábamos en 1840, y, á lo menos, la vieja se cercenaba diez años. ¡Imagínate tú el efecto que me produjo semejante confidencial!

—¡Por Dios, señora, le dije con la boca llena de risa, que no solté, gracias á haberseme refrescado de improviso el recuerdo de mi posición; por Dios, ya he dicho á V. que me estaban aguardando! Así, pues, ¿le será indiferente dar comienzo á su historia en cualquier día del presente siglo, á no ser que sus desdichas arranquen desde la cuna?

—Caballero, repuso con ademán ofendido la vieja, es probable que, de ser yo joven y hermosa, no me habría V. dirigido semejante observación.

—Únicamente le haré notar á V., señora, que si usted estuviese joven y me refiriese la historia de su vida, de seguro que dicha historia no empezaría en el año de 1780, ni prometería durar lo que amenaza la de usted; de consiguiente, holgara la observación que me he animado á hacer.

Yo veía llegar el instante en que me iba á levantar un cisco, lo que hubiera sido más original que divertido; pero preferí abstenerme. Crucé, pues, los brazos y presté oído atento.

—Pues bien, caballero, continuó mi adversaria, porque, como tú comprendes, habíamos dejado de ser amigos; pasaré por alto mi juventud, por más que me hubiera sido grato hacerle sabedor de mis ensueños de doncella, y daré comienzo al relato de mi dolorosa existencia á partir de mi casamiento. Me casé en 1798.

—¡Tan joven! exclamé al ver que no ganaba sino diez y ocho años en un plazo tan largo como representaba la vida de aquella mujer.

—Sí, señor; por lo demás, yo era bastante guapa, añadió con voz áspera; y, para casarme á la edad en que lo hice, ya comprenderá V. que debía serlo.

—No lo dudo, señora.

—Le he dirigido á V. tal observación porque, desde que me he propuesto darle á conocer los secretos de mi vida, no parece sino que ha tomado á pechos el interrumpirme, sin duda para hacerme hablar más tiempo.

—¡Oh señora! ¿y V. me cree capaz de sustentar semejante intento? Bien se echa de ver que no me conoce.

—En fin, caballero, V. se ha venido por sus propios pies, no tirándole yo del brazo.

—No digo lo contrario.

—Entonces sírvase V. escucharme.

Como no me era dado obrar de distinto modo, consentí.

—Decía, pues, que en el año de 1798, casé con un joven de diez y nueve, contra el parecer y voluntad de nuestros padres.

—Al igual que Romeo y Julieta.

—¿Dice V.?

—Digo que al igual que Romeo y Julieta.

—No entiendo, repuso Amanda con acento picado.

—Eran asimismo dos jóvenes que se amaban contra la voluntad de sus respectivas familias.

Amanda hizo un gesto de malhumor, y, dando un suspiro, anudó su relato en los siguientes términos:

—Era un matrimonio de amor; nos amábamos hasta el frenesí; ¡éramos los dos tan jóvenes! Bienes de fortuna no nos sobraban; yo no poseía absolutamente nada, y Anatolio, que así se llamaba mi marido, no podía recabar de sus padres el más mínimo auxilio; de modo...

—De modo que no solamente no les sobraban á ustedes bienes de fortuna, sino que se encontraban hundidos en la más espantosa indigencia.

—Lo ha adivinado V.

—No era difícil; prosiga V., señora, prosiga usted.

Yo me había propuesto exasperar á Amanda con mis frecuentes interrupciones á fin de que me pusiese de patitas en la calle, como acostumbraba decirse entonces...

—Y se dice todavía, le interrumpí.

—... de patitas en la calle; pero, viendo que este sistema no me producía resultado alguno satisfactorio, resolví prescindir de él y no parar mientes en lo que contase la vieja.

—Nos amábamos tanto, continuó ésta, que en brazos uno de otro nos olvidábamos de la faz material de la existencia. En aquella época vivía un sujeto que componía muy lindos versos, y el cual hilvanó una cuarteta en mi loor, de la que todavía me acuerdo. ¿Quiere usted que se la recite?

—Es inútil, señora, tanto más cuanto el conocimiento de ese gran poeta de 1798, aunque hubiese sido presagio de grandes infortunios, no me parece sino una de las ínfimas desventuras de su existencia.

—Hacía poco más ó menos un año que Anatolio y yo saboreábamos las dulzuras del himeneo, como decía el poeta á que he querido referirme, el cual, por cierto, ha llegado á ser académico y se llama...

—El nombre no robustece en nada la expresión, que es encantadora, dije yo inclinándome.

—Cuando una mañana Anatolio se salió para comprar tabaco. ¡Ay! cuando regresó, mi físico había experimentado un cambio radical.

—¿Cuando Anatolio regresó de comprar tabaco?

—Sí.

—¿Así, pues, regresó muy tarde?

—Diez y seis años después.

—¡Diez y seis años después! exclamé.

—Tal como V. ha oído.

—¡Cómo! dije á Amanda, conteniendo á duras penas la risa que me retozaba en el cuerpo, ¿á V. es á quien aconteció semejante lance?

—Á mí, sí, señor, respondió la vieja dando un suspiro.

—Es por demás curioso.

—¿Conoce V. mi historia?

—Al pie de la letra.

—Pues bien, caballero, repito á V. que es á mí á quien ha sucedido el lance.

—Aquellos que me lo han contado, dije entonces, nunca han podido ni sabido ponerme al corriente del fin de él; así, pues, escucho con toda la atención de que soy susceptible. ¿Qué hizo su marido de V. durante tan largo período de tiempo?

—Fanático por Bonaparte, le había seguido en sus campañas; concurrió á la batalla de Austerlitz, en la que conquistó la cruz; estuvo en Rusia, donde se le helaron los pies, y en Waterloo, donde perdió un brazo; de esta suerte es como regresó á mi lado.

—Pues todavía estaba más cambiado él que no usted, señora.

—Al presentarse en mi casa, me estaba yo en compañía del poeta de quien le he hablado á V. hace poco; y como no le conociera, me disponía á hacerle una reverencia cual á un extraño, cuando el poeta me dirigió estas palabras:

—«Cualquiera diría que es Anatolio, mi querida Amanda.»

Estaba desconocido, señor; en lugar de una linda imberbe cara que le daba apariencias de Febo, según expresión del poeta, veía ante mí una especie de dios Marte, también según decir de...

Amanda iba á soltar el nombre del poeta; pero como yo tenía un pariente lejano y del cual me alejaba, que era académico, temeroso de que nombrase á dicho mi pariente, la interrumpí.

—Mi marido, continuó la vieja, estaba manco; el rostro, enrojecido por las fatigas y el vino, tenía lo cruzado de un sablazo; de ambos lados de la boca pendíanle unos retorcidos y grandes mostachos, y al tomar posesión de mi casa empezó á jurar como un condenado. Yo no sabía qué hacer; sin embargo, dichosa de verle de nuevo, me arrojé en sus brazos.

—En su brazo, querrá V. decir.

—Esto es, repuso Amanda sonriendo á esta broma de mal género; pero ¿sabe V. lo que hizo mi esposo? me rechazó. Le dí título de querido Anatolio, pero no me respondió; dirigíle reconvenções, y me pegó, y no ha cesado de pegarme desde entonces.

—¿De pegarle?

—Sí, señor.

—¿Así, pues, vive todavía?

—Sí, señor.

—¿Se encuentra en París?

—Sí, señor.

—¿Y vive aquí en esta casa?

—Sí, señor.

Al oír este último «sí, señor», me levanté y me dispuse á salir.

—¿Adónde va V.? exclamó Amanda cortándome el paso.

—Me salgo.

—¿Por qué?

—Anatolio me da miedo.

- ¿Y me abandona V.?
- ¡Pues no!
- ¡Es horrible!
- ¡Señora, que su marido de V. va á volver!
- ¿Y qué?
- Que si me encuentra aquí...
- ¿Qué?
- Va á sospechar...
- Y ¿qué puede sospechar? repuso Amanda separando las manos como la inmaculada Virgen de las medallas de plata.
- Lo que no es.
- Anatolio sabe que V. se encuentra aquí.
- ¿Cómo lo sabe!
- Sí.
- ¿Quién se lo ha dicho?
- Yo.
- Y ¿por qué se lo ha dicho V.?
- Para apaciguarlo y conseguir que se saliese.
- No comprendo.
- Tome V. otra vez asiento, joven, y comprenderá. Me senté de nuevo, y Amanda hizo otro tanto.

## III

—Desde el momento de su regreso, prosiguió la vieja, el hogar conyugal se convirtió en un infierno. Al saber mi marido que el emperador estaba en Santa Elena, se apoderó de él tal furor, que, no contentándose ya con pegarme á mí, pegó al poeta, quien cesó de visitarnos, acabando con ello nuestros últimos re-

curso; porque ha de saber V. que el poeta era tan caritativo como grande. Cuando el emperador murió, Anatolio armó en el barrio una algarazara de cincuenta mil demonios, lo que le valió tres meses de cárcel. En vano he solicitado para que le admitiesen en los Inválidos; le miran de reojo á causa de sus opiniones avanzadas. Á lo dicho añada V. que mi marido se bebe cuanto yo gano y que todos los días vuelve á casa borracho, y... libreme V. de semejante desventura, señor, añadió por conclusión Amanda, echándose á llorar.

Yo, creyendo que lo que la vieja quería era que me la llevase conmigo, no despegué los labios.

—¿Nada me dice V.? me preguntó.

—¿Y qué quiere V. que la diga, señora?

—¿Cómo! ¿está V. viendo á una infeliz mujer que sufre y se arroja á sus pies, y no se le acude hacer algo para consolarla?

—No sabía yo, señora, que fuese V. tan desgraciada, y el traje que vestía V. anoche...

—Anatolio me obligó á ponérmelo.

—¿Anatolio?

—Sí, señor.

—¿Qué interés puede tener él en esto?

—«Es menester que tú consigas un empleo que subvenga á las necesidades de ambos, ya que se niegan á dármelo á mí. Vístete de descargador de leña, que es el gusto que hoy priva, y ve al baile hasta que halles un diputado, que éstos todo lo pueden.» Entonces, con nuestros últimos recursos, compré un traje, una peluca y un antifaz, y desde el principio del invierno he concurrido los bailes sin poder dar con el diputado que me hace falta, hasta que ayer le he visto á V. La traza de V. revelaba distinción, lo cual, añadido al disfraz de turco que vestía, me inspiró confianza. «Ahí un joven sincero», me dije; y le así del brazo. Una voz interior me decía que V. iba á ser mi salvador; manifestóme V. su nombre, yo sa-

bía que su tío de V. era diputado, y cuando he regresado á este cuartucho lo he hecho llena de esperanza, tanto, que he despertado á Anatolio, le he dado veinte sueldos para que fuese á gastárselos en vino y le he explicado el encuentro que la suerte me había depurado, diciéndole, por fin, que esperaba su visita de usted. Pronto va á regresar mi marido, señor, y, si no puedo darle una respuesta favorable, va á matarme: sálveme V.

—Pero ¿qué hay que hacer?

—Es menester que V. consiga un estanco para mí.

¿Te formas cabal idea de semejante conclusión, amigo mío? Ir al baile disfrazado de turco, creer haber hecho una conquista, y al día siguiente, en vez de hallar en el lugar de la cita á lo menos una modistilla, encontrarnos con una vieja que nos pide un estanco, y con un veterano que se nos arroja á los pies y complica tan interesante cuadro, ¿no hay para desesperarse? Porque has de saber que en el instante en que la vieja me pidiera su estanco, Anatolio, que sin duda hacía rato estaba escuchando detrás de la puerta, había entrado precipitadamente en el aposento y arrojándose á mis pies, derramando esas lágrimas de ternura que da la borrachera, y no cesando de repetirme:

—Joven, V. que iba disfrazado de turco y tiene un tío diputado, no nos abandone.

¡Imagina tú dónde hubiera yo querido encontrarme!

Levanté á Anatolio, que parecía llorar toda el agua que pudiera haber añadido al vino que envasara, y se tambaleaba sobre sus pies, que se le helaron en Rusia.

Hice sentar de nuevo á Amanda, me llevé el pañuelo á los ojos, fingiendo que me enjugaba una lágrima, y prometí á Anatolio y á su mujer que me ocuparía en ellos.

—Lo que te guardaste bien de hacer, por supuesto, dije yo á Manuel.

Te equivocas, lo que hice. En el instante en que me disponía á marcharme, Anatolio me llevó aparte y me dijo: «Caballero, hoy no he comido nada todavía: présteme V. veinte francos.» Le dí una moneda de oro, la miró largo espacio de tiempo y murmuró con desdeñoso acento:

—¡Psé! ¡un Luis XVIII!

—¿No lo quiere V.? le dije, en la esperanza de que sus opiniones harían entrar otra vez en mi bolsillo los veinte francos, que para mí representaban tres diccionarios.

—Hubiera preferido un Napoleón, repuso Anatolio, embolsando la moneda y disponiéndose á salir, pero voy á cambiarle en seguida para no experimentar remordimientos.

Amanda se acercó entonces á su marido y le dijo con voz lastimera:

—¿Qué comeré yo si te lo llevas todo?

—Los escamochos de ayer.

—Pero si ayer no comimos.

—Entonces punto en boca y cíñete el vestido, replico Anatolio levantando sobre Amanda la única mano que le quedaba.

Yo le detuve en medio de su acción, visto lo cual, el veterano me dijo:

—Señorito, procure conseguir el estanco, y, créame, no se case V. nunca: las mujeres son la ruina de los hombres.

Y con paso vacilante y después de darme un fuerte apretón de mano, bajó con bastante ligereza los cinco pisos que yo con tanto trabajo había subido.

Otra vez á solas con Amanda, cuyo estado me entristecía, acerquéme á ella, le dí el último luis que me quedaba, y la dije: «Pensaré en V.»

## IV

Volvíme al colegio, pero como mi escapatoria había trascendido, me despidieron. Padre me reprendió severamente, mas la tempestad paterna se apaciguó como se apaciguan todas. Conté mi aventura á mi tío, el cual hizo ingresar á Anatolio en los Inválidos, y para la viuda de éste consiguió un estanco. Y digo viuda porque, apenas Anatolio hubo ingresado en los Inválidos, de donde todavía salía para saquear la caja de su mujer, cuando una noche, al recogerse hecho una uva como de costumbre, se cayó con tan mala suerte en uno de los fosos, que no volvió á levantarse.

—Amén, dije yo.

—Ahí mi primera historia.

—¿Y Amanda?

—Amanda sigue viviendo en el seno de las delicias y de su estanco. Y ahora, hablando de mí, tú me conoces lo suficiente para comprender que después de semejante estreno me jurara á mí mismo no volver á poner nunca más los pies en los bailes de la Ópera.

—Pero, hombre, ¿dónde crees que te encuentras hoy?

—Hoy es distinto; cumplo una orden.

—¿De quién?

—Del dominó á quien has visto.

—¿De la tierra lejana?

—Adivinaste. Ahora, adiós.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Y tu segunda historia?

—Es ésta; pero me la reservo.

—¿Por qué?

—Porque es muy larga de contar.

—No es muy buena la razón.

—Eres demasiado charlatán.

—¿No te detiene otro temor?

—No.

—Entonces escucho.

Manuel se sonrió á esta conclusión, y, conduciéndome fuera del salón de descanso, me dijo:

—Vamos á cenar; así á medida del cuerpo vas á alimentar el espíritu.

—¿Luego es instructiva tu historia?

—Mucho; es un esquiocío de mujer.

—Entonces, apresurémonos.

—¿Me juras guardar el secreto?

—Te lo juro.

Oigan todos ahora lo que me contó Manuel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFARO MATEOS"  
vols. 1625 MONTERREY, MEXICO